

La conducta equívoca de los norte-americanos de la Frontera, hacia tiempo que inspiraba serios temores y complicaciones que podían extenderse hasta una guerra internacional. Tales temores fueron justificados en la noche del 4 al 5 de Enero de 1866, al ser sorprendida Bagdad cerca de las cuatro de la mañana, por un considerable número de soldados negros de los Estados Unidos, que se precipitaron en todas direcciones descargando sus fusiles y revólveres.

Rechazado Escobedo en Matamoros y Monterrey, había dirigido sus miras para mantener la actividad de las fuerzas mexicanas hacia Bagdad, población á la entrada del Río Bravo, como lugar propicio para una expedición que proporcionaría cuantiosas ventajas. El general Escobedo se dirigió á Brownsville y se puso en contacto con el jefe americano Crawford y con el coronel Reed, solicitando de ellos que protegieran el paso de una fuerza mexicana organizada á orillas del Río Bravo; pero se encontró con las dificultades que opuso á tal petición el jefe militar norte-americano que mandaba la línea del Bravo. Entonces Crawford y Reed organizaron una fuerza de negros americanos y cuando menos se pensaba cayeron el 5 de Enero de 1866 sobre Bagdad, cuya débil guarnición de doscientos imperialistas sucumbió al impulso de los asaltantes al mando del Teniente Linscott.

Uno de los más graves acontecimientos en la frontera norte de México, fué ese asalto á Bagdad, pequeña aldea situada en la embocadura del Río Bravo, distante algunos kilómetros de Matamoros y de Brownsville. Vigilaba aquellos rumbos el buque "Tisifone," cuando el 5 de Enero de 1866, en la madrugada, tres hombres fueron á refugiarse en él, tan conmovidos y aterrorizados que no podían hablar; acogidos cordialmente, se les aseguró que serían protegidos, y al siguiente día contaron al comandante del buque Mr. de la Bedollière las atrocidades de que acababa de ser teatro el pueblecillo de Bagdad.

Ese mismo día entre tres y cuatro de la mañana, despertaban los vecinos de Bagdad al ruido de los gritos de una turba desordenada de cerca de mil negros, que invadían la población procedentes del territorio americano. Unida á los negros la clase baja de la ciudad, y parte de la guarnición, dirigiéronse á la cárcel y dieron libertad á un individuo llamado Foster, preso por robo y asesinato. Reconocido por aquella banda de foragidos como jefe y guía montó á caballo é impulsó el pillaje. Viéronse algunos oficiales americanos con uniformes de la guarnición de Clarkville, entre ellos el que se llamaba á sí mismo coronel Arthur Reed y el general Crawford; poco después llegó una fuerza mexicana mandada por el general Escobedo; pero viendo que no podía contener el desorden se retiró. Tan repentino fué el ataque, tan imprevisto, que ninguna resistencia pudo organizarse y la guarnición, en su mayor parte, se pasó á los asaltantes y fué desarmada; entonces comenzó el saqueo. El comandante Rico declarado prisionero de los Estados Unidos, fué libertado por Escobedo.

Desde los primeros tiros de fusil, el vapor francés "Antonia" había encendido sus calderas y subido el río para llevar á Matamoros la noticia de lo que acon-

teció, teniendo que rechazar en el tránsito algunos ataques. Mientras tanto crecía el desorden en Bagdad, siguiendo el robo, los asesinatos y las venganzas, y advertidos de que Foster los buscaba para quitarles la vida, se arrojaron al mar en una barca los tres individuos que recogió la «Tisifone.»

En la sorpresa murieron seis soldados mexicanos; los prisioneros se unieron en su mayor parte con los invasores. A las ocho de la mañana llegaron 150 soldados negros mandados por Weitzel para proteger las propiedades. Un francés llamado Roque fué matado y su esposa violada.

La sorpresa impidió la acción de los que hubieran podido defenderse. Sorprenden los negros en primer lugar el cuerpo de guardia mexicano, matan al centinela, hacen prisionera á toda la guarnición con escasas excepciones, y atacan el vapor "Antonia" que logró alejarse rumbo á Matamoros. Los oficiales sin uniforme, muestran en sus cachuchas una cinta blanca en que se lee la palabra "Cortina," aunque el jefe de este nombre no se presentara; los soldados negros vestían uniforme del ejército federal.

Esos gravísimos acontecimientos fueron transmitidos á México y causaron honda impresión en el Gobierno imperial, principalmente porque ocurrieron en la frontera con los Estados Unidos y por lo mismo podían ocasionar terribles complicaciones.

Las bandas de negros acaudilladas por el teniente Linscott cometieron excesos inauditos, asesinaron, violaron á porción de mujeres y el saqueo se cebó aun en los más insignificantes objetos. Aunque intentaban evitar el desorden otros ciento cuarenta negros del ejército regular enviados por el general Weitzel, no lo consiguieron, antes al contrario contribuyeron á aumentarlo. Los jefes Escobedo y Garza también pretendieron contener á los filibusteros, aunque no contaban con fuerza suficiente. Complicó aquella situación la presencia de un buque francés que destacó lanchas cañoneras con designio de atacar á Bagdad; pero se retiraron. Crawford repasó el Bravo llevándose un pequeño vapor que Escobedo había quitado á los imperialistas, quienes lo armaron para el caso de una retirada. Las fuerzas de Escobedo, que iban con destino á Bagdad, se concentraron en Reynosa por orden de su jefe que estableció el cuartel general en Linares, con objeto de impulsar nuevas operaciones sobre el interior del país. Hasta el día 23 continuaron los filibusteros posesionados de Bagdad; y la evacuaron sin disparar un tiro, llevándose la artillería y el material de guerra; la ocupó el teniente coronel Kodolich salido de Matamoros con fuerza austriaca. Crawford, preso por orden del general Grant, fué conducido á la cárcel de Nueva Orleans de la que se fugó.

El general Weitzel participó al jefe T. Mejía, que al mandar trescientos soldados del gobierno federal para contener el desorden, había procedido á petición del general Escobedo y como un acto de humanidad; mas no con objeto de intervenir en favor de una ó de la otra parte.

El coronel Enrique Mejía quedó mandando en Bagdad; pero al ser desocupa-

da por los asaltantes el día 23 de Enero, las fuerzas austriacas al mando del general Tomás Mejía tomaron posesión de esa villa dos días después y restablecieron las comunicaciones con Matamoros.

El 25 de Enero á las ocho de la mañana, salió de Matamoros por el río y por tierra, una respetable fuerza del Imperio al mando de los coroneles B. L. del Peral y teniente coronel Kodolich, con objeto de recuperar la plaza de Bagdad que había sido tomada por los negros la noche del día 4.

La expedición sufrió retardo en su marcha, por haberse varado los vapores «Antonia» y «Camargo» que formaban parte de ella y ocupó á Bagdad la noche del citado día 25, saliendo á recibirla algunos vecinos que se habían reunido desde las doce de la noche del 24 para conservar el orden público. Los dos vapores se situaron en el atracadero; una columna de infantería entró por la calle contigua al muelle, otras de caballería por la calle real y por la de la derecha; algunas fuerzas penetraron á la plaza y otras se situaron á la orilla de la playa. Las patrullas recorrían las calles. Kodolich ordenó al alcalde 2º que se encargara del juzgado, y al siguiente día citó á los vecinos para tratar de la organización del gobierno. La comisión para investigar los hechos ocurridos en Bagdad, nombrada por el gobierno de Washington, se situó en Brazos de Santiago, presidida por el coronel Davis, quien precisamente era acusado de haber dado la orden para repartir el parque entre los negros asaltantes de Bagdad, y siendo el comandante de Clarkville, á él se atribuía el plan de la expedición. Reed fué arrestado, á Crawford le pusieron de pronto cadenas en Nueva Orleans; pero Davis quedó en libertad. (1)

Las fuerzas de regulares de norteamericanos habían seguido ocupando esa ciudad; se negaba el general Clark á entregarla á los jefes juaristas, y tampoco quería dejarla abandonada y expuesta á nuevos desórdenes de los filibusteros enganchados por el general Crawford, pues podrían perderse las mercancías salvadas y se habrían visto nuevos atentados.

Cuando el 25 de Enero, evacuaban á Bagdad las tropas norteamericanas, supieron los juaristas que avanzaba contra esa villa una fuerza respetable de imperiales, y aunque al principio pensaron defender la plaza, resolvieron al fin abandonarla; embarcaron el mismo día las armas y municiones á bordo del vapor «Prince of Wales» y las enviaron á Clarkville, donde fueron secuestradas por el administrador de la aduana. Los imperialistas entran á Bagdad el día 25 y el comandante Kodolich, jefe de la plaza, dirigió una nota al general americano Clark, pidiendo le entregara los cañones llevados por los liberales al territorio de los Estados Unidos, demanda que se negó á satisfacer el jefe americano.

(1) El almirante Francés en las aguas del Golfo, dirigió reclamaciones al jefe de la línea del Bravo y entonces se retiraron las fuerzas norteamericanas que habían pasado á Bagdad para proteger á los ciudadanos norteamericanos, y fueron dadas órdenes de Washington para castigar á los autores del atentado, en el que se había usado el uniforme federal que llevaban los soldados de la Unión.

La situación de los imperialistas en la frontera se hizo más crítica, al grado de que poco faltaba para que los juaristas estuvieran en posesión de toda la línea del Río Grande. El general T. Mejía manifestó á Maximiliano el verdadero estado en que se encontraba; pero no recibió ni hombres ni dinero y de fijo no podría sostenerse por más tiempo contra los republicanos, cuyo número crecía constantemente estando bien armados y equipados.

Una protesta formulada en Matamoros por comerciantes nacionales y extranjeros y fechada el 16 de Enero, atacó la conducta del gobierno de los Estados Unidos y de sus funcionarios y agentes, especialmente con motivo de los sucesos de Bagdad; fué firmada también por los vice-cónsules de España, Francia, Prusia é Inglaterra. En la frontera estaba el móvil de los sucesos de Bagdad y de todos los incidentes desagradables ocurridos en aquella zona, de los que se consideraba principal agente al general Sheridan, quien buscaba la ocasión de un rompimiento formal entre los Estados Unidos y el Imperio de Maximiliano. El general Clark, procedente de Brazos de Santiago, fué comisionado para practicar una averiguación y castigar á los culpables.

Desde su llegada á Bagdad, Escobedo había escrito al general Weitzel protestando contra la ingerencia de Crawford y sus oficiales en los negocios de México, y pidiendo auxilio para impedir que usurparan facultades que no les correspondían. Crawford insistió en gobernar la plaza de Bagdad sin hacer caso de la opinión de Escobedo; pero no logrando su objeto se resolvió á irse á Nueva Orleans, donde fué puesto en prisión por orden del gobierno de los Estados Unidos, en los momentos en que salía para Nueva York.

Tres meses hacía que se aglomeraban en ambas orillas del río Bravo, combustibles para un conflicto, y lo raro fué que no hubieran acontecido antes sucesos de la índole de los de Bagdad. Los excesos cometidos eran consecuencia inevitable del género de auxiliares que se presentaban á los republicanos de México. Cuatro meses habían transcurrido únicamente desde el ataque á Matamoros, verificado en condiciones muy parecidas al ataque de Bagdad.

Crawford había querido que fuese jefe de la plaza el coronel Reed; pero Escobedo pretendía que lo fuese el Coronel E. A. Mejía, y con tal motivo apareció la discordia entre ambos jefes. El gobierno de los Estados Unidos ordenó al comandante militar de Texas, que asegurara la persona de Crawford, que había violado la ley internacional atropellando la neutralidad. La situación de la frontera se hizo cada vez más peligrosa, sin poderse prever las eventualidades; los acontecimientos se precipitaban y acaso arrastrarían al gobierno de los Estados Unidos á un conflicto.

Aunque en los sucesos reprobados de Bagdad no había sido levantada la bandera de los Estados Unidos, el jefe de la plaza de Matamoros dirigió una protesta al general Sheridan, quien se apresuró á desaprobar el acto de filibusterismo consumado en aquella población. Poco después Bagdad era desocupada y el día 25 entraba el coronel Kodolich con el destacamento austriaco. Por esa vez se ha-

bía evitado el peligro; pero el incidente demostraba cuan leve barrera había entre la debilidad de México imperial y la preponderancia de los Estados Unidos.

El general Tomás Mejía, abandonado en Matamoros no recibía auxilio alguno de su gobierno; en un despacho que dirigió al Mariscal Bazaine le hizo esta trascendental confesión: "*Mi tropas están sin sueldo, y esta situación terrible no puede prolongarse.*" Bazaine transmitió este parte á Maximiliano y ofreció un vapor correo francés para llevar á Mejía los fondos indispensables; pero la penuria del tesoro mexicano era absoluta y el Mariscal prometió que enviaría á Matamoros sesenta mil pesos la tesorería del ejército expedicionario, por cuyo acto le dió las gracias Maximiliano, considerando ese adelanto como un precioso servicio.

Comenzaba el puerto de Matamoros á no poder sostenerse ya, después de ocho meses de anarquía y vandalismo en la orilla derecha del Río Bravo, situación llegada á su límite con el saqueo de Bagdad, sin que se lograra introducir el orden con la separación del general Weitzel de la comandancia militar de Brownsville.

Al principio de Marzo fué enviado á Matamoros el coronel imperialista García Rebollo con los sesenta mil pesos para gastos de la guarnición, y se autorizó al general Mejía para que girase sobre Veracruz por el importe del préstamo que acababa de imponer al comercio y al vecindario; entonces se le ofreció remitirle mensualmente cinco mil pesos para cubrir el presupuesto.

El general Clark que acudió de Brazos de Santiago, levantó una información en el teatro mismo de los sucesos, jurando castigar ejemplarmente lo que reputaba una deshonra para su país; pero era evidente que Bagdad había estado intervenido por los norteamericanos, y la bandera de la Francia tuvo por vez primera que plegarse ante el atropello de ciudadanos norteamericanos aunque fuesen negros.

Sucesos de la naturaleza del ocurrido en Bagdad se habían previsto, si no en sus detalles, al menos en el riesgo de que en cualquier momento fuese inevitable la guerra entre Francia y los Estados Unidos, á consecuencia del proceder de subalternos sin disciplina. El lenguaje de los generales tan distinguidos como Grant, Sheridan, Weitzel y otros, tenía que crear embarazos de suma gravedad al gobierno de Maximiliano, pues alentaba á los subalternos que, al interpretar de torcida manera la mente de sus jefes, tenían que obrar con exageración.

Los primeros destacamentos que atravesaron el Bravo para atacar á Bagdad, provenían de desertores de campamentos americanos; eran reclutas del general Crawford, que tomaban el nombre del jefe Cortina para sus proyectos; el asunto cambió de aspecto desde el momento en que intervino el general Weitzel, enviando fuerza encargada de poner fin al saqueo; pero este acto era también una transgresión de fronteras; era una violación del territorio mexicano esa entrada de un cuerpo armado extranjero, aunque se le justificara con el fin humanitario que se proponía.

Ocupada Bagdad, ciudad mexicana, por las fuerzas regulares de los Estados Unidos, ondeó sobre ella la bandera de las estrellas, y fué llevada prisionera del

lado americano una guarnición de mexicanos; el derecho internacional mexicano no podía admitir como circunstancia atenuante la inobediencia de los agentes del gobierno federal, ni la influencia de la opinión pública. La bandera de la Francia también estaba comprometida, pues se había hecho fuego contra un buque francés por tropas de los Estados Unidos; y era ocupado un puerto de México protegido por la Francia.

Colocada ésta en tan difícil posición, Mr. Montholón, embajador francés en Washington, optó al dar á su gobierno el parte de los sucesos ocurridos en Bagdad, por atribuir poca importancia al asunto; exoneró de toda culpabilidad al gobierno norte-americano y consideró la cuestión en sus resultados respecto á la acción de éste, como una nueva prenda de las buenas disposiciones del gobierno de los Estados Unidos para sostener á todo trance y con fe sincera, los deberes de la neutralidad que se había impuesto. Desde luego se comprendió que el Embajador trataba diestramente de paliar el asunto, destruyendo ó aminorando el efecto que debía producir en Francia el conocimiento de lo ocurrido.

Con esta declaración del ministro francés y la fuga de Crawford de la prisión en que estaba, se dió por terminado todo, respecto al escandaloso asalto y saqueo de Bagdad, apareciendo satisfecho el gobierno francés con las explicaciones de Mr. Seward, con la promesa de castigar severamente á los que resultaran culpables y con haberse ejecutado cambios de jefes militares en la margen del Río Grande. No debió causar extrañeza todo lo que pasaba; era efecto de las muchas intrigas que se estaban desarrollando en el vecino país; prueba de esto fué la contestación del ministro Seward al representante norte-americano en París respecto al discurso de la corona, en cuya vez se empleó la fraseología al través de la cual se transparentaba la resolución de no aceptar en manera alguna la intervención francesa de que era víctima México. De la averiguación practicada resultó, que la invasión sobre Bagdad fué preparada, dirigida y llevada á cabo por Crawford, Reed, Sears y otros, sin que ninguno de ellos fuese oficial ni funcionario americano; que á esos se unieron soldados separados de sus cuerpos con licencia, y que las tropas federales pasaron el río á petición de las autoridades mexicanas, es decir, del general Escobedo y de D. Francisco de León que fungía de gobernador de Tamaulipas.

Las dificultades surgidas entre los Estados Unidos y la Francia con motivo de los asuntos de México eran de tal naturaleza, que no tenían en perspectiva más desenlace que fijar la Francia un plazo corto y determinado para el regreso de su ejército, ó pararse aquí de frente ante las amenazas ó exigencias de la gran República, para rechazar con las armas cualquiera agresión; la paz entre ambas podría sostenerse con la retirada de las tropas francesas, en tanto que la permanencia de ellas en México sería sin duda causa próxima de guerra.

La primera de estas soluciones fué la elegida por Napoleón, quien en su discurso de Enero declaró, que ya estaba en comunicación con Maximiliano para fijar la época de la retirada del Ejército. Esa parte del discurso causó en México te-